

S

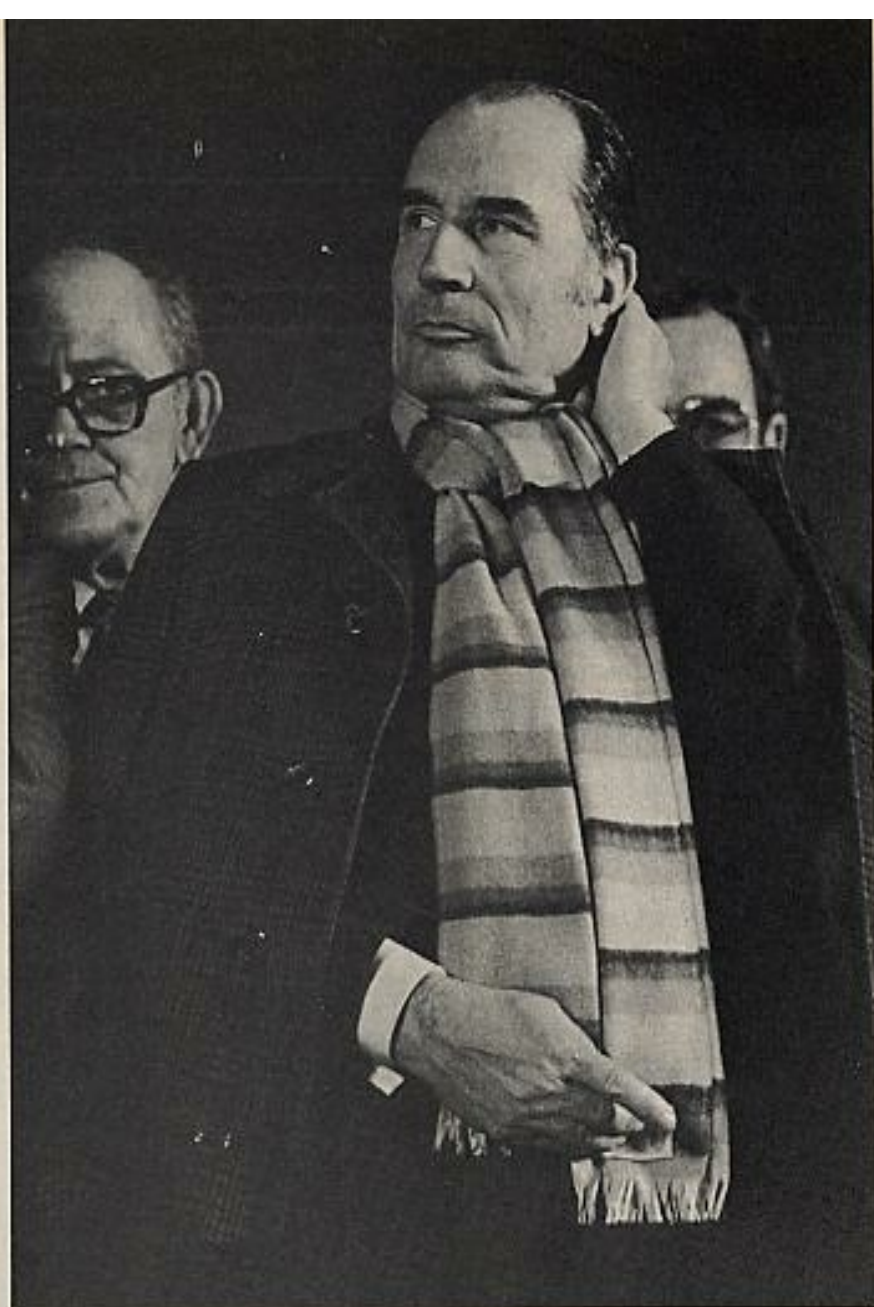
E parece a una cierva que tuviera ademanes eclesiásticos: diríase una mezcla de obispo y de veleta; la caricia de sus ojos, la primera vez que se posan es sorprendente, pero hay una mirada de hierro tras las

pupilas de terciopelo. Su pensamiento y su verbo avanzan con saltos elásticos. Ante el menor peligro retrocede ligeramente y se desvanece...»

El retrato que le hiciera André Figueras data de hace un cuarto de siglo, y así lo vimos todavía en la campaña electoral, pero tras su instalación en el Eliseo diríase que el personaje que pudo haber sido maniobrero, maquiavélico y florentino, ha adquirido una nueva dimensión, pues es imposible que una vida con cimas tan elevadas y principios tan reñebrosos llegue a los sesenta y cuatro años para dar un presidente de la República, huero como el anterior; que tantos años de injurias, de cicatrices morales, de soledad, de dudas, de tesón no vayan a repercutir en el cuerpo de su país, y la historia de Francia con él puede ser risueña o trágica, pero no trivial, pues la voluntad que desplegó para llegar a asumir su destino le obliga a hacerlo con grandeza.

Vista desde estas alturas eliseas la vida de Mitterrand puede desprenderse de sus pinceladas de «personaje de novela», como dijera François Mauriac y que a él no le gustaba nada; de las acusaciones de ser un Julián Sorel oportunista o un Rastignac ambicioso, los más leves insultos que le prodigaron sus enemigos de siempre y algunos de sus amigos de ahora; de que el ansia del poder fuera el único motor capaz de levantarlo cuando se hallaba postrado de infamia y humillación. Hoy, tal vez por esa sacralización que confiere el supremo empleo del Estado, se da en pensar que el nuevo presidente de la República francesa es la suma de una voluntad inquebrantable, de un sentido excepcional de la política, y de preferir siempre el riesgo a la ruina y a la sumisión.

Tanto se ha dicho y escrito sobre el eterno aspirante al Eliseo, cosas tan apasionadas y contradictorias, que de verdad no sabe uno por dónde empezar, y así es mejor hacerlo desde el principio. François Mitterrand nació... *Yo no nací en la izquierda, ni mucho menos, socialista. Mucha indulgencia necesitarán los doctores de la ley marxista,*



Larga bufanda rayada, gesto de responsabilidad antes de tiempo: Mitterrand, en 1977, se pensaba ya a sí mismo como presidente de la República.

François Mitterrand

LA CITA CON LA HISTORIA

RAMON CHAO

y esa no es precisamente su debilidad, para perdonármelo. Y menos me lo perdonarían aún si confesara que más tarde tampoco mostré ninguna precocidad por el socialismo...

Ni tan siquiera «hijo del pueblo» es Mitterrand, que vio la luz en 1916, en una localidad de la región de Charente llamada Jarnac (fuente de sarcasmos para sus enemigos, pues la expresión *coup de Jarnac* designa cualquier acción fulgurante y un tanto traicionera) y su padre era un em-

pleado bien acomodado de los ferrocarriles franceses antes de meterse a fabricar vinagre, partidario del orden y católico ferviente, como lo sería su hijo, François hasta muy pasada su adolescencia.

En París, donde estudia Derecho, Ciencias Políticas y Letras, el futuro presidente acumula diplomas y distinciones, pero de política, nada. Con sus compañeros del colegio marista, donde reside, habla de literatura (de André Gide, surrealismo), de música

LA CITA CON LA HISTORIA

(Honegger, Eric Satie, Atravinski) y de poesía.

«Algunas veces iba a escuchar a Maurice Thorez y a Doriot, a Leon Bloum y a La Roque. E, instintivamente, me horrorizaba Franco, su cuadrilla y su bandera.»

De todas formas prefería las reuniones literarias a los discursos políticos, y la música de jazz, que le apasionaba, sofocaba el eco que las botas fascistas encontraban en Francia.

El servicio militar y la guerra mundial torcerán su destino de abogado, de juez provincial o, ¿quién sabe?, de escritor. Llega a sargento, cae prisionero, y los alemanes se lo llevan al Stalag IX C, al lado de Weimar. La ausencia de libertad le resulta intolerable. Dos veces intenta fugarse, la primera, sale en compañía de un sacerdote al nacer el 5 de marzo de 1941, y tras veintidós noches de marcha, en las que recorren 600 kilómetros, cuando veían tierra libre de Suiza, como en «La gran ilusión», de Renoir, vuelven a caer en manos enemigas. A la tercera va la vencida, y así fue también la ascensión al Eliseo.

La resistencia le ofrece un campo ideal para desplegar su gusto por la aventura, el peligro, la acción romántica y —a pesar de los riesgos— desprecupada. Crea una red en la que encuadra a los ex prisioneros y a los deportados. Su grupo, en el que milita Marguerite Duras, cobra tal importancia que De Gaulle lo convoca en Argel para obligarle a fusionarse con otro grupo dirigido por su sobrino, Michel Caillaud. Mitterrand se niega, y este

será el primer encontronazo con la encarnación de Francia, su piedra de toque desde ahora, su espejo formante y obsesivo, que le dará su dimensión histórica.

En el momento de la liberación de París, cuando De Gaulle se encontraba todavía en Argel, Mitterrand toma el Ministerio de Ex Combatientes, al frente de doce hombres armados. Pero cuando el jefe de la Francia Libre forma su primer gobierno, Mitterrand no figura entre los ministros. Se retira de la vida pública y duda si dedicarse a la abogacía o a la literatura.

Volverá a la política cuando De Gaulle se retira a Colombey. El presidente Queuille le propone un escaño de diputado por el Departamento de la Nièvre. *Se lo ofrezco, le dice, porque no hay posibilidad alguna de ganarlo. Pero inténtelo. Lo logrará si solicita consejos a todo el mundo y hace luego lo que le da la gana.* Otra cosa no haría Mitterrand, que con una etiqueta derechista arranca una diputación que conservaría hasta este año de 1981, salvo un eclipse de tres años a partir de su gran hundimiento de 1958.

La IV República, con sus maniobras, sus combinaciones politiqueras, sus intrigas, es pan comido para Mitterrand, dadas sus condiciones innatas: se le tachará de eclecticismo y de arribismo, pero nada de eso: es que aquella situación y aquella gente no le ofrecían motivos de emulación, ideales de grandeza, y dominaba sin superarse. En 1947 empieza una carrera ministerial fulgurante. A los treinta y

un años es el ministro más joven que Francia tuviera desde el imperio y en un decenio será 11 veces ministro en la mayoría de los gobiernos que caen y se forman gracias a su ayuda. Porque, además, dispone de un grupo parlamentario poco numeroso (entre cinco y 25 diputados, según las épocas) que le permite jugar un papel decisivo para la constitución de cualquier gobierno. Adquiere una reputación sólida y definitiva de elocuencia demagógica, de ambición y de habilidad maniobrera.

Sus enemigos, que entonces surgen y nunca más le faltarán, tratan de abatirlo por todos los medios. Le sacan, siendo ministro del Interior de Mendès-France, el famoso «affaire des fuites» (se le quiso hacer responsable de la divulgación de secretos de la defensa nacional a los comunistas), pero la maquinación se desploma al reconocer con toda lealtad su principal acusador, Georges Bidault, que lo habían engañado. También era ministro de Mendès-France el 1 de noviembre de 1954, cuando estalla la guerra de Argelia y proclama: *La única negociación es la guerra, pues Argelia es Francia.* Casi todos decían lo mismo, pero a él se le achacó siempre este error histórico.

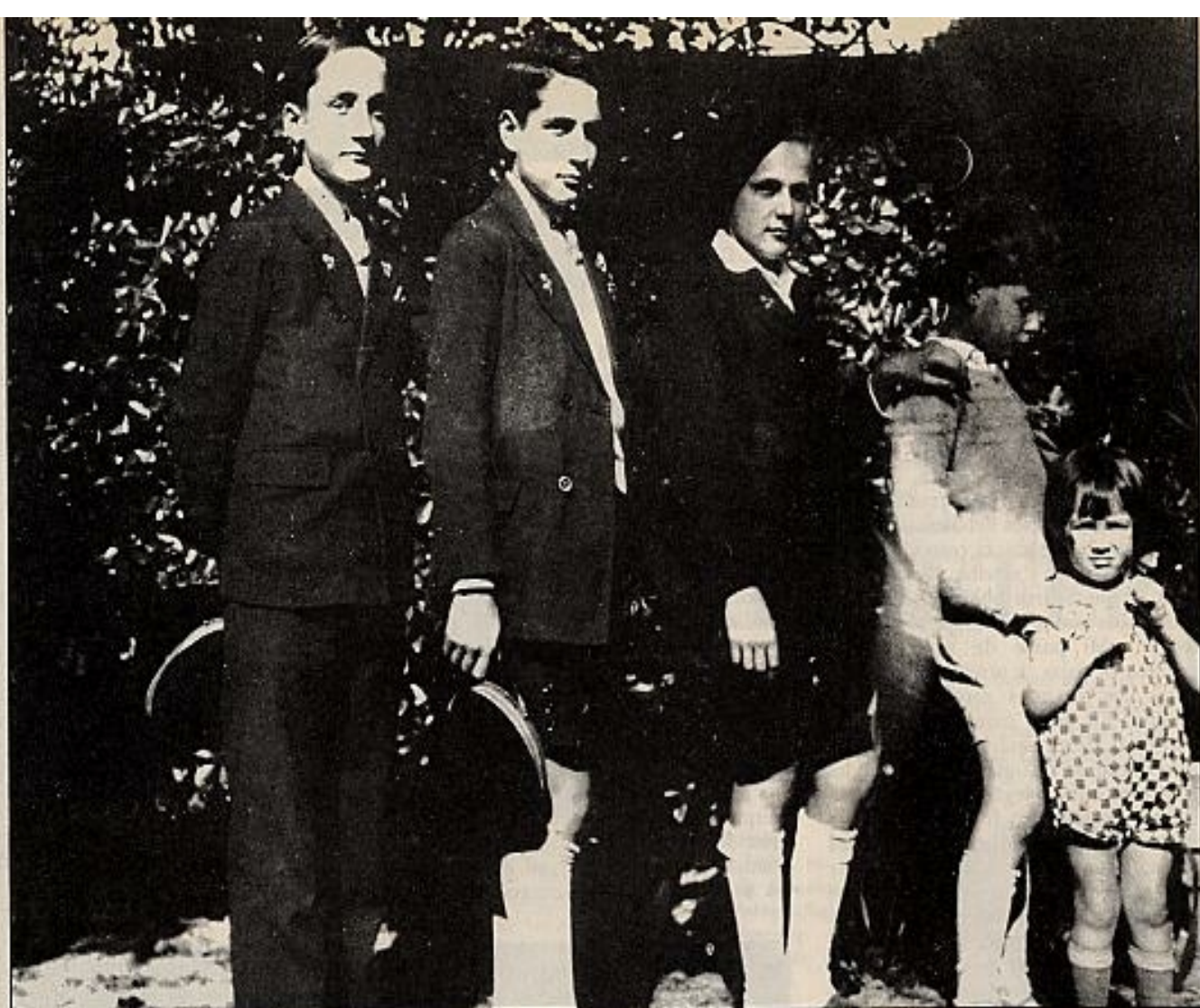
De modo que si la IV República hubiese continuado, Mitterrand, como Félix Gaillard, como Chaban-Delmas y otros hombres de la Resistencia, hábiles y ambiciosos, más seducidos por el poder que por la moral de las ideas, seguiría hoy maniobrando, recibiendo golpes bajos y devolviéndolos, y un día, gracias a los trapicheos parlamentarios, alcanzaría la presidencia del gobierno y hasta de la República, pero no como ahora: un Laniel, un Ramadier hubiese sido, que pasaron sin dejar recuerdo ni rastro.

Pero llega la V República por la *mano militar* de De Gaulle y Mitterrand se opone. Tiene entonces cuarenta y dos años, y nada le predispone a abandonar el poder a una edad en que otros lo alcanzan. Y, sin embargo, elige la oposición radical. Ponerse al lado del general significaba la seguridad política, la rutina ministerial, cargos honoríficos, pero, *en mi vida he decidido dos o tres cosas tras profunda reflexión: el «no» a De Gaulle es una de ellas.*

El «personaje de novela» no admite que los generales de Argel, ayudados por los fascistas, dicten la ley en Francia y se permitan derrocar el régimen democrático. De Gaulle lo recibe el 31 de mayo en el hotel Laperouse de París: *Establezcamos un pacto de hostilidad irremediable,* le dice sin que se sepa muy bien quién a quién.



El nuevo presidente no ha salido del pueblo, aunque trate de ir hacia él. La casa familiar, en el campo, es un antiguo señorío.



En la casa de Jarnac, 1930: el actual presidente es el de en medio de los tres hermanos. Los otros dos son Robert y Jacques.

Se acabó la carrera brillante. Empezó una época de soledad, una prueba moral que formará un carácter y forjará un destino. Otros diputados votaron también contra la concesión de plenos poderes a De Gaulle, pero su oposición fue tan tajante, con tanta emoción e intransigencia la expresó, que se convirtió en el acusador público del abuso de las armas. En el mes de junio se opone a la investidura del general De Gaulle y en septiembre lucha por el «no» en el referéndum: *Según la ley, el poder le vendrá de la representación popular; de hecho lo tiene por la fuerza.* La violencia de su acta de acusación ante la Asamblea Nacional, que contiene ya los argumentos y la lógica metódica y ardiente de su futuro panfleto «El golpe de Estado permanente», lo sitúan desde el primer momento como el principal adversario de la V República.

¿Se puede hablar ahora de cálculo estratégico? ¿El riesgo de muerte política no es mayor que toda eventual rentabilidad en el futuro? Solamente después, mucho después, se comprobó que gracias a esta actitud inflexible mantenida durante los meses de mayo y de junio de 1958, Mitterrand se re-

servó la posibilidad de mantener una permanencia política en la oposición. De haberse doblegado como otros caciques radicales y socialistas; si hubiese optado por el gusto del poder y no por la defensa de principios básicos, se hubiera condenado a una colaboración vergonzosa. Ahí Mitterrand prefirió afrontar el riesgo y los peligros.

Primero, sus electores lo abandonan. En su feudo de la Nièvre le atacan los gaullistas y los comunistas, los primeros por lo sabido y los otros que recuerdan su actuación durante la guerra de Argelia, su paso por el ministerio del Interior. Mitterrand replica: «Siempre luché contra el comunismo. Puedo afirmar que he hecho retroceder al comunismo en este departamento, y que sin flaquear lucharé para enviarle a Francia los horrores de una dictadura colectivista.» Pero nada, Mitterrand pierde su escaño y el prodigio de la IV República se queda sin representación ni mandato alguno.

Vuelve a empezar desde la nada con humildad. Se aísla en la provincia, y su primera nueva victoria será la alcaldía de Château-Chinon. Luego, en el mes de abril de 1959 consigue un escaño en el senado, y helo otra vez

en París lleno de entusiasmo para luchar contra el régimen.

Apenas levanta la cabeza recibe un golpe que a cualquier otro hubiera rematado. Fue durante la noche del 15 al 16 de octubre de 1959, en una calle llamada del Observatorio, que bordea los jardines de Luxemburgo. Va Mitterrand en su coche cuando le disparan una ráfaga de ametralladora, salta la valla de los jardines y logra escapar con vida. Al cabo de unos días se presenta a la prensa el autor del atentado para asegurar que había actuado siguiendo las consignas del propio Mitterrand, que quería demostrar su importancia al frente de la oposición, desacreditar al gobierno, y «ganarle en popularidad a Mendès-France».

Su desprestigio es total. Michel Debret aprovecha el escándalo para pedir y lograr que le retiren la inmunidad parlamentaria, y en el voto sólo le sostienen los comunistas. Fuera del hemisferio, entre los sarcasmos, los insultos y las ironías, apenas se oyen las voces de François Mauriac, ronca ya, y de Mendès-France, en su retiro, que lo defienden sin muchos argumentos.

Esta provocación de la extrema de-

LA CITA CON LA HISTORIA

recha, en la que cae con una inocencia inconcebible en hombre tan avisado, está a punto de costarle una vez más su carrera política. Pero ya he dicho que su capacidad de regeneración es excepcional, y que nadie como él posee esa facultad de renacer después de un fracaso.

Esta capacidad de rebote se la debe Mitterrand a su impenetrable individualismo, a su condición de hombre de la tierra y a la escritura. Cuando está acabado vuelve al terruño, habla con los ríos, con los árboles, ve crecer las plantas, se regenera como los ciclos de la naturaleza y escribe. Escribe muy bien. A sus retiros obligados le debemos libros como «La abeja y el arquitecto», «Mi parte de verdad», «El grano y la paja», y otros que lo sitúan entre los grandes cronistas de su tiempo. En estos momentos de soledad total Mitterrand vuelve a su vocación inicial, se refugia en ella como los cristianos en la plegaria y en la meditación. Y escribe frases trágicas y premonitorias como esta: «El destino me ha colocado en un lugar que sólo ofrece a sus favoritas, donde se recibe el homenaje de la injuria, de la injusticia y de la ingratitud. El que pueda comprender y apreciar la naturaleza de este privilegio no tiene muchos grados que franquear para llegar a la dignidad del poder.»

Cuando sale de su aislamiento se está preparando en Francia la elección presidencial de 1965. De Gaulle no tiene enemigo. Iba a serlo Gaston Defferre, pero el alcalde de Marsella fracasó en su intento de presentarse como representante de la oposición. «A los 56 años, después de un cuarto de siglo con un mandato parlamentario, la ambición de mi vida no consiste en instalarme en el Eliseo.» Pero nadie puede o nadie se atreve a medirse a De Gaulle todopoderoso. Mitterrand sí. Tal vez esta elección sea una posibilidad de rehabilitación política y privada ante millones de franceses, recorre Francia de punta a cabo, logra el apoyo de «todos los republicanos» y la chufra de la inmensa derecha. ¿Cómo es posible que el hombre más insultado de la IV República, el «monstruo ambicioso», el «desleal», tanto a la burguesía como a la izquierda, ose plantarse ante un hombre que está en el cenit de su gloria, y que ya pertenece a la historia? Un alto dignatario del partido socialista le augura: «la cifra más baja de votos para la izquierda desde el segundo Imperio».

El resultado ya lo sabemos: ese imperpetuo que se sale otra vez al paso al general De Gaulle («¡Otra vez usted!», le había dicho ya en 1944) consigue poner al presidente en «balotaje» en la primera vuelta, y en la

segunda logra diez millones y medio de votos (45,9 por 100 de los electores). Casi nada, reunir en un nombre común a media Francia, sobre todo frente al prestigioso símbolo llamado Charles De Gaulle. Desde ahora Mitterrand ya no será el mismo. Diríase que esta consagración popular le inculca una dimensión nueva, el destino lo alza al rango de hombre de Estado.

Tres años después la revuelta de mayo del 68 le sorprende, como a todo el mundo. Ante el vacío del poder propone la constitución de un gobierno provisional de gestión, a cuyo frente estaría Pierre Mendès-France. Ignora que está cogido en una trampa tendida por el general De Gaulle, cuya retirada era eminentemente táctica. Por haberse precipitado, por ser víctima de la maniobra de la derecha, vuelve a caer en desgracia, lo combaten los comunistas, lo desprecian los izquierdistas, lo odian los gaullistas y los socialistas se alejan de él. Un año después, cuando se retira el general traicionado por los suyos (un poco Pompidou, mucho Giscard d'Estaing), ni se le ocurre presentarse contra

naje de novela, y como Napoleón puede decir, «mi vida, ¡qué novela!». ¡Y qué constancia! A la periodista Michèle Cotta le dice entonces: «Hoy soy el hombre más odiado de Francia, por eso creo que todavía tengo una posibilidad de llegar a ser un día el más querido.»

Y no cesa. Con paciencia y obstinación, ayudado por sus cuatro amigos de la Convención de las Instituciones Republicanas, vuelve a escalar la montaña. Pero ahora sabe que en política no se puede ser un hombre solo, que es indispensable disponer de un partido estructurado. Y ahí está el moribundo SFIO de Guy Mollet, partido socialista manipulado por caciques, pero con un pasado glorioso. En el Congreso de Epiney de 1971 Mitterrand logra aunar varias tendencias y se hace con la dirección del partido. Lo transforma, lo remozca, desarrolla las tendencias internas, y en las elecciones legislativas de 1973 a un punto está de desbancar a la mayoría gaullista. Su éxito sorprende, más no a los que comparten su estrategia: «Nuestro objetivo fundamental consiste en erigir un gran partido socialista en el terreno que



La vena popular. Mitterrand, con los guardianes de la paz. Era el candidato «de los republicanos»...

Pompidou, los sondeos de opinión indican que sólo votaría por él el 9 por 100 de los franceses. Otra vez Mitterrand está acabado.

Vuelve al terruño. Trabaja en el campo. Escribe. Deja de ser el perso-

ocupa actualmente el partido comunista, para demostrar que de los cinco millones de electores comunistas, tres millones pueden votar por los socialistas. Esta es la razón de nuestro pacto (entre el PC y el PS).» Esto dijera en el Congreso de la In-



Fue muchas veces solitario. Su travesía del desierto en los años en que el poder no le acogía era un paseo por el campo, pisando el barro de Chateau Chinon.

ternacional socialista reunido en Viena el 28 de junio de 1972. Más tarde explica que un partido comunista fuerte, al lado de una izquierda dividida, «representa la seguridad de que los conservadores guarden el poder indefinidamente». «Cuando el partido comunista baje al 15 por 100, estaremos en condiciones de llegar al poder», añade.

El Programa común que establecen ambos partidos junto con los radicales favorece espectacularmente a los socialistas. Cuando en 1974, el 2 de abril muere Pompidou, Mitterrand se encuentra en posición inmejorable para llegar a la presidencia. Los franceses desean el cambio, pero también se lo ofrece Valéry Giscard d'Estaing, que había sabido desgajarse a tiempo del gaullismo. Cara a cara por primera vez, el candidato de la derecha utiliza a fondo el miedo al comunismo, asombra a los franceses con sus supuestos conocimientos técnicos, muchas veces con cifras falsas, inventadas en el momento preciso que tiene que apabullar a su rival.

Ya aquella vez estuvo a punto de llegar al Elíseo. Los sondeos confidenciales de las prefecturas indican que ganará por escasa diferencia. Los resultados desmienten este optimismo: Giscard obtiene el 50,66 por 100 y

Mitterrand el 49,33 por 100. Con trece millones de votos, la izquierda pierde, pero alcanza su más elevada cifra desde 1945. No hay caso de desanimarse, pero Mitterrand se descorazona.

Danielle, su esposa: Madame la Presidente.



Los comunistas rompen el programa común, y otra vez asiste Mitterrand a la ruina aparente de todos sus esfuerzos anteriores: ataques comunistas, discordia dentro de su propio partido, desprecio de la derecha, que presenta a Mitterrand como un «has been», que tendría 64 años en las próximas elecciones presidenciales, acabado pues, sin más posibilidades para coronar su vida. En el PS, Michel Rocard cree que ha llegado su hora y plantea su propia candidatura...

Lo que inexplicablemente no sabían sus enemigos de dentro y de fuera es que este hombre es temible cuando considera que todo está perdido. Hace seis meses, cuando más baja estaba su cota personal y más brillaba la de Michel Rocard, acepta el desafío y presenta su candidatura dentro del PS para afrontar a Giscard.

Ahora está en el Elíseo un hombre muy diferente del joven desenvuelto y despreocupado que salió de su Jarnac natal, del hombre maniobrero que en busca de aventuras se fabricó un destino.

No cabe duda de que irá hasta el final de su proyecto personal en el Elíseo, donde ha encontrado lo que siempre buscó en la vida, la soledad. ■

R. CH.